

EL LIBRO QUE FALTABA EN LA SAGA DE JAMES HENDERSON

*Víctima de la globalización. La historia de cómo
el narcotráfico destruyó la paz en Colombia*

James D. Henderson

Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2012, 382 p.

Víctima de la globalización, del historiador James Henderson, señala un punto de inflexión que casi ningún texto sobre la violencia reciente en Colombia ha reparado: el proceso de fortalecimiento del estado como consecuencia de tres décadas de guerra. A pesar de tantas expresiones de desafío al monopolio de la fuerza, de tanta fragmentación en el control del territorio, de tantas economías al margen de la legalidad y de tanta sensación de zozobra institucional, el estado colombiano ha experimentado un proceso de fortalecimiento asombroso. Para sorpresa de todos, la guerra ha contribuido al proceso de construcción de estado — no bajo una trayectoria lineal similar a las guerras que en Europa formaron los modernos estados-nación, sino bajo los apremios y desafíos que supuso un conflicto interno que gravitaba en torno al narcotráfico.

Es ya un lugar común la frase que en Colombia hay más territorio que estado. Desde la Independencia, el proceso de construcción de instituciones que regularan la sociedad dentro de la normatividad del estado ha sido lento y tortuoso. La geografía ha sido, además, un enemigo más formidable que cualquier caudillo, guerrilla o mafia. Sin embargo, desde antes de mediados del siglo veinte parecía claro que el proceso de fortalecimiento institucional era irreversible. Poco a poco, mientras la sociedad acumulaba capital en sus principales centros económicos, el estado irradiaba su autoridad hacia regiones que previamente eran feudos de las élites de provincia y donde los partidos se habían convertido en el sustituto del estado. Dos obras previas de Henderson, *Cuando Colombia se desangró* (Bogotá: El Áncora Editores, 1984) y *La modernización en Colombia: Los años de Laureano Gómez, 1889-1965* (Medellín: Universidad Nacional — Sede Medellín, 2006), ya habían retratado este fenómeno.

Aunque había sido un proceso tortuoso y violento a mediados de los setenta la situación hacía prever que el asunto de la inclusión de las diversas regiones dentro de la lógica del control y del orden de las instituciones del estado era cuestión de tiempo. Poco a poco agencias estatales, desde escuelas y hospitales hasta

inspecciones de policía y tribunales, iban llegando a los puntos más alejados del territorio. De hecho no había premura por construir y desplegar instituciones porque los desafíos que afrontaba el estado en las zonas periféricas eran perfectamente manejables desde Bogotá. Atrás habían quedado los años de la violencia de mediados de siglo veinte, cuando las élites partidistas se vieron forzadas a pactar un gran acuerdo de pacificación de las prácticas políticas. Ahora, durante el Frente Nacional y los años subsiguientes, como bien lo documenta el libro, la cuestión era como desarrollar la economía e integrar al país dentro de los valores de la democracia capitalista.

Fue entonces cuando las nuevas demandas de un mundo globalizado, en particular el auge de la cocaína, dieron un vuelco a esta trayectoria del estado. La búsqueda de nuevas fuentes de marihuana llevó a un puñado de contrabandistas estadounidenses a adentrarse en la Sierra Nevada de Santa Marta; luego fue todo el país que se vio abrazado por la hidra de las drogas ilícitas, como acertadamente lo pone Henderson. Colombia no estaba preparada para afrontar el torrente de dólares que llegó a manos de una clase delincuencial con aspiraciones de aceptación social y poder político. Mucho menos contaba con los medios para responder a la forma como los viejos desafíos del estado adquirieron una fuerza inédita.

Las guerrillas, que media década antes apenas tenían como subsistir, ahora se expandían de las zonas de colonización hacia las ciudades intermedias del país. Contaban con recursos inagotables y una base social de colonos cultivadores de coca para sostener la ofensiva. El viejo paramilitarismo bajo el mando de las fuerzas militares y de las élites tradicionales fue mutando en el aparato de guerra de las nuevas elites que surgieron al amparo del auge de la cocaína. Las guerrillas obligaron a los narcotraficantes a armar enormes ejércitos regulares bajo el mando de verdaderos señores de la guerra. La globalización había creado las condiciones para que el estado volviera a ceder la autoridad y las instituciones a una serie de poderes regionales por fuera de cualquier proyecto unificador.

Paradójicamente fue el desafío planteado por la globalización lo que condujo a un proceso de fortalecimiento del estado. Las amenazas ya no eran asuntos insignificantes en la periferia. Las peleas de colonos, los ataques de la guerrilla a caseríos perdidos en la selva y las osadías de bandoleros que aterraban poblados en las montañas dejaron de ser una trama secundaria cuando los mercados globales a punta de cocaína integraron estas comunidades al resto del país. Si el estado no hacía nada, la guerra, el desplazamiento, el secuestro, el terror, la criminalidad, la fragmentación del territorio y, sobre todo, la economía política de la droga iban a arrasar la sociedad. Ahora la premura por construir el estado era una cuestión de vida o muerte.

El libro de Henderson rescata la idea de que el estado colombiano sí fue capaz de hacer mucho. Lo ocurrido en la última década no es solo un asunto de percepción. Los indicadores básicos de la construcción del estado, como, por ejemplo, la capacidad de tributar y de vigilar un territorio, son elocuentes. Pero no es solo eso. El estado ha sido capaz de desplegar instituciones de todo tipo hasta zonas donde pocos años atrás la coca era la base económica y la guerrilla era la autoridad. Los servicios sociales, como educación y salud, se han acrecentado a pesar de graves problemas de corrupción.

En suma, este es un libro importante, escrito de forma amena, accesible para cualquier lector, que completa, con las dos obras anteriores del autor, la saga del último siglo de historia de Colombia escrita por Henderson. Sin tanto bombo, este historiador estadounidense, quien llegó a Colombia con los Cuerpos de Paz, antes que el país fuera el centro de la industria mundial de la cocaína, ha logrado uno de los mejores recuentos de nuestra historia reciente. Actualmente es profesor de estudios internacionales de Coastal Carolina University, pero cada cierto tiempo nos visita para buscar material sobre el país que convirtió en su principal objeto de estudio. Ya es hora que la academia colombiana haga un reconocimiento más amplio de la importancia de su obra para la construcción y la divulgación de nuestra historia.

Solo dos observaciones. La primera se refiere al tratamiento del país como víctima de una transformación del orden mundial. Si bien es cierto que sin la globalización la historia reciente de Colombia habría sido muy distinta, también es cierto que nadie obligó a Colombia a encargarse de proveer la demanda global de cocaína. Al tiempo que fue víctima, el país fue victimario. La segunda observación tiene que ver con el papel del presidente Álvaro Uribe Vélez en el proceso de fortalecimiento del estado. Probablemente ningún mandatario durante la guerra del narcotráfico hizo tanto por recuperar la autoridad del estado. Pero Henderson también debería evaluar otros aspectos de Uribe que fueron contraproducentes para el fortalecimiento de las instituciones públicas. La búsqueda de la reelección a cualquier precio, su talante caudillista, la subestimación de la tecnocracia, la permisividad con la corrupción de la clase política y sus disputas con la sociedad civil son la otra cara de la moneda del proceso de fortalecimiento del estado.

GUSTAVO DUNCAN CRUZ
Universidad de los Andes
Profesor visitante, Universidad EAFIT